

Murcia, 10 de marzo de 1981

Mi querido amigo Cecilio:

Muchas gracias por la crítica que hiciste de *La Tríbada Falsaria*, y que enviaste a José López Martí con una carta llena de afecto hacia mí. Yo estuve buscándote por teléfono en las Navidades pasadas, más o menos; no te encontré. En cuanto vaya a Valencia, volveré a buscarte.

Te envío fotocopia de tu crítica, según la he enviado a Juan Ramón Masoliver, a fin de que sea insertada en *La Vanguardia* de Barcelona.

Te agradezco la introducción que haces sobre *Escuela de Mandarines*; me honra. Me ha encantado la afirmación de que *La Tríbada Falsaria* no puede compararse con *Escuela de Mandarines*, ni es, de ninguna forma, una novela del mismo estilo; has observado que ambos libros sólo se identifican en el rigor de la estructura. Es una mala dialéctica el comparar a un hombre consigo mismo.

Has advertido y hecho público algo que he intentado en *La Tríbada Falsaria*, y que estoy intentando ahora en «La fea burguesía», otro libro en configuración. Es, como bien dices, pasar de la parábola universal y general a la parábola concreta. En *Escuela de Mandarines*, la sociedad es el mundo; en *La Tríbada Falsaria*, Damiana, una conciencia particular, es el mundo. No digo que Damiana sea «también» el mundo, sino que es el mundo, pues si el mundo se divide, da mundo.

Dices muy bien cuando mantienes que en *La Tríbada Falsaria* hay un esencialismo material, basado en la apreciación, pertinaz, de que la palabra es el ser. Esto no lo ha visto mucha gente.

Tampoco nadie ha visto que en el libro existe una constante voluntad de «historicismo» o mostración de la «mala realidad» de lo cotidiano.

Tu visión del personaje llamado Juana es agudísima. Juana, en efecto, como tú dices, es narrador último del caso, es protagonista, es parte del suceso, es juez del mismo, y es, en muchos aspectos, inventora y escoliasta de la cuestión. Todos los personajes están

subordinados a Juana, como tú afirmas, y sometidos al fin de ésta. Me he permitido insertar un paréntesis, donde se descubre que Juana es Mercedes Rodríguez García, persona de carne y hueso, que, en realidad, es la verdadera autora de las cartas que yo he transformado literarias. Mercedes se alegrará cuando lea esto. Muchas gracias por el permiso que me diste, a través de José López Martí, para añadir alguna cosa a tu texto. Como verás, lo he usado para un fin sentimental y bueno y cierto.

Me encanta la observación, que haces, de que la textura lingüística de *La Tríbada Falsaria* es uniforme. A mi juicio, los personajes no tienen por qué hablar con dicciones diversas, que sería hacer novela de costumbres, o sainete. En la «dicción literaria» se muestra la verdadera realidad de cada personaje. La entidad última y real de un proletario, ha de decirse en dicción culta; por el contrario, su «entidad aparente o sainetera» se dice falsamente en dicción costumbrista. Si hubiera alguna vez marxistas serios, harían hablar a los obreros, en sus novelas, como «esencias proletarias», o sea, muy cultamente. De ello se deduce que toda realismo social, entendido en su peor sentido, es puro y mezquino sainete, y, en consecuencia, divertimento de escritores señoritos. ¿Estás de acuerdo?

Tu explicación de por qué *La Tríbada Falsaria* puede llamarse «Tratado de Teología» es, a todas luces, una interpretación «no teológica ni metafísica», sino, en cierto modo, fenomenológica. Expones sutilmente los fenómenos estéticos por los cuales aparece el efecto de extrañeza que convierte la obra en algo de dimensión filosófica. Parece que, no aceptando tú, en tu concepción de las cosas, las esencias teológicas ni metafísicas, las aceptas, empero, como efectos producidos por un discurso de «mostraciones estéticas». Hay en esta actitud tuya un gran respeto por el misterio y una inclinación hacia el arte y sus apariciones. Me gustaría hablar algún día contigo sobre este asunto y esta opinión tuya, que considero muy profunda.

No ha pasado, para mí, inadvertido, este aforismo tuyo, que plantea una profunda cuestión entre las ideologías que proclaman el llamado realismo: «Debemos admitir el derecho del arte a configurarse con el solo fin de alumbrar espacios a la imaginación». Todo cuanto sigue a continuación, me encanta y es bellissimo. Dice así: «Cuando el milagro literario se produce, el espíritu del lector se puebla de significados inclasificables, desconcertantes, emanados paradójicamente de formas talladas por

mano maestra, con precisión y limpieza. Cuando tal sucede, no hay duda de que algo está en renovación».

A este respecto, yo he dicho en una entrevista para *CAMP DEL ARPA*: «A mi juicio, es misterio de la palabra el siguiente suceso: que las proposiciones construidas con estética y pensamiento son más extensas que la intención del autor». Yo escribo con Diccionario de Sinónimos, y buscando y buscando palabras, me encuentro, a veces, con la sorpresa de que he dicho más de lo que quería decir. «El escritor» que me llama, me arrastra y determina.

He observado, Cecilio, que piensas con mucha precisión, contenido y concisión. A veces, no eliges la palabra exacta a tu pensamiento (cuando tal ocurre, a mi juicio, yo me atrevo a cambiarla: de ahí las pequeñas mutaciones, que no correcciones, que he hecho en el texto). Si cuidaras un poco más la elección de palabras, tus textos serían, sin duda, como ya son, los mejores que puede producir la crítica española. No digo esto llevado de adulación alguna, ni siquiera de agradecimiento, pues ni la intención aduladora ni el agradecimiento inspiran juicios. Hay, en ti, como una sabiduría compleja y reposada, como una amplia dialéctica de conceptos y realidades, que no posee hoy ningún crítico literario. Los críticos literarios, que son simples periodistas, no resultan otra cosa que «grandes lectores»; carecen de filosofía estética, e incluso de poética, y cada vez que se enfrentan con una obra, se enfrentan de nuevo con la literatura.

Mercedes Rodríguez ha leído, en Madrid, tu crítica, y la ha tenido por la mejor de cuantas ha conocido sobre *La Tríbada Falsaria*. Ya la misma Mercedes me dijo que tu crítica de *Escuela de Mandarines* fue, sin duda, la más exacta, profunda y perfecta. Yo opino lo mismo.

Me gustaría, si tienes tiempo y humor, y si te place, que algún día me hicieras una crítica «estilística, gramatical, estructural, lingüística» de *La Tríbada Falsaria*. Ningún crítico de periódicos es capaz de ello. Todos hablan del extenso o corto tema, pero no de la obra como «una objetividad que está ahí, fuera del autor, del caso y de sus conclusiones».

Recibe un fuerte abrazo de tu buen amigo, que tanto tiempo hace que no te ha visto:

Miguel Espinosa

PD: Te envío tu original, para que veas las mutaciones que he hecho en favor de tu pensamiento. Gracias otra vez por tu permiso.